

ALAIN DE BOTTON

---

# Las consolaciones de la filosofía



taurus  


---

ALAIN DE BOTTON

LAS CONSOLACIONES  
DE LA FILOSOFÍA

*Traducción de Pablo Hermida Lázcano*

TAURUS

---

PENSAMIENTO

# Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[I. Consolación para la impopularidad](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[II. Consolación para la falta de dinero](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[III. Consolación para la frustración](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Notas de traducción al capítulo III](#)

[IV. Consolación para la ineptitud](#)

[Capítulo 1](#)

[2. Sobre la ineptitud sexual](#)

[3. Sobre la ineptitud cultural](#)

[4. Sobre la ineptitud intelectual](#)

[Notas de traducción al capítulo IV](#)

[V. Consolación para el corazón partido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[VI. Consolación para las dificultades](#)

[Notas de traducción al capítulo VI](#)

[Notas](#)

[Agradecimientos](#)

[Agradecimientos de la editorial](#)

[Índice analítico](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

I

---

CONSOLACIÓN PARA LA IMPOPULARIDAD

---

# 1

Hace unos años, durante un glacial invierno neoyorquino, con una tarde por delante antes de coger un vuelo a Londres, acabé en una desierta galería de la planta superior del Museo Metropolitano de Arte. La iluminación era intensa y, aparte del suave zumbido de un sistema de calefacción de suelo radiante, el silencio era absoluto. Tras empacharme de cuadros en las galerías impresionistas, buscaba un indicador de la cafetería (donde pediría un vaso de cierta variedad norteamericana de batido de chocolate que por aquel entonces me volvía loco) cuando llamó mi atención un lienzo cuya leyenda explicaba que había sido pintado en París por Jacques-Louis David, a sus treinta y ocho años, en el otoño de 1786.



Metropolitan Museum of Art (Colección Catherine Lorillard Wolfe, Fondo Wolfe 1931)

Sócrates, condenado a muerte por los atenienses, se dispone a beber una copa de cicuta, en medio del desconsuelo de sus amigos.

En la primavera del año 399 a.C., tres ciudadanos atenienses emprendieron un proceso legal contra el filósofo. Le acusaron de no adorar a los dioses de la ciudad, de introducir novedades religiosas y de corromper a la juventud de Atenas. Dada la gravedad de los cargos que se le imputaban, solicitaron la pena de muerte.



Miriam Berkley

Sócrates respondió con una legendaria ecuanimidad. Aunque le concedieron la oportunidad de renegar de su filosofía ante los tribunales, se situó del lado de lo que creía verdadero y no de lo que, a buen seguro, gozaría de popular aceptación. Según refiere Platón, desafió al jurado:

Yo, atenienses, os aprecio y os quiero, pero voy a obedecer al dios más que a vosotros y, mientras aliente y sea capaz, es seguro que no dejaré de filosofar, de exhortaros y de hacer manifestaciones al que de vosotros vaya encontrando (...) Atenienses (...) dejadme o no en libertad, en la idea de que no voy a hacer otra cosa, aunque hubiera de morir muchas veces.

Y así le condujeron a encontrar su final en una prisión ateniense, escribiendo su muerte un capítulo decisivo en la his-

toria de la filosofía.

Un exponente de su relevancia lo hallamos en la frecuencia con la que se ha pintado. En 1650, el francés Charles-Alphonse Dufresnoy pintó una *Muerte de Sócrates* que hoy se exhibe en la Galleria Palatina de Florencia, en la que no hay cafetería.



Scala, Florencia

El siglo XVIII fue testigo del apogeo del interés por la muerte de Sócrates, particularmente desde que Diderot llamase la atención sobre su potencial pictórico en un pasaje de su *Discurso sobre la poesía dramática*.





Étienne de Lavallée-Poussin, c. 1760

Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín (Staatliche Museen zu Berlin – Preussischer Kulturbesitz. Kupferstichkabinet)



Jacques Philippe Joseph de Saint-Quentin, 1762  
Giraudon, París



Pierre Peyron, 1790  
Bibliothèque Nationale, París

Jacques-Louis David recibió, en la primavera de 1786, el encargo de Charles-Michel Trudaine de la Sablière, un adinerado miembro del Parlamento y un talentado estudioso del mundo griego. Los términos eran generosos, 6.000 libras por adelantado y otras 3.000 a la entrega (Luis XVI había pagado sólo 6.000 libras por uno mayor, *El juramento de los Horacios*). Cuando se exhibió el cuadro en el Salón de 1787, hubo unanimidad en considerarlo la más hermosa de las muertes de Sócrates. Sir Joshua Reynolds lo juzgó como “el esfuerzo artístico más exquisito y admirable desde la Capilla

Sixtina y las Estancias de Rafael. El cuadro habría sido un orgullo para la Atenas de la era de Pericles”.

Compré cinco postales del cuadro de David en la tienda de regalos del museo y, más tarde, cuando sobrevolábamos los campos helados de Terranova (que, bajo la luna llena y el cielo despejado, reflejaban un verde luminoso), examiné una de ellas mientras picoteaba de una pálida cena que había depositado en la mesita delante de mí una azafata creyendo que dormitaba.

Platón está sentado a los pies de la cama, con pergamino y pluma a su lado, testigo silencioso de la injusticia del Estado. Tenía veintinueve años cuando murió Sócrates, pero David lo transformó en un viejo de pelo cano y semblante grave. Por el corredor, la esposa de Sócrates, Jantipa, abandona la celda escoltada por guardianes. Siete amigos se hallan en diversos estados de lamentación. El compañero más cercano a Sócrates, Critón, sentado a su lado, contempla a su maestro con devoción y preocupación. Pero el filósofo, erguido, con torso y bíceps de atleta, no se muestra temeroso ni compungido. El hecho de que un buen número de atenienses haya denunciado su insensatez no ha bastado para que se tambaleen sus convicciones. David había proyectado pintar a Sócrates en plena ingestión del veneno, pero el poeta André Chenier sugirió que la tensión dramática aumentaría si se le mostrara poniendo punto final a un razonamiento filosófico, al tiempo que se hacía serenamente con la cicuta que acabaría con su vida, simbolizando así tanto la obediencia a las leyes de Atenas cuanto la lealtad a su vocación. Asistimos de este modo a los últimos y edificantes instantes de un ser extraordinario.

Acaso la poderosa impresión que me causó la postal obedeciera al agudo contraste entre el comportamiento que retrataba y el mío propio. En las conversaciones, mi prioridad era gustar, más que decir la verdad. El deseo de agradar me llevaba a reír los chistes malos, cual padre en la noche de es-

treno de una función escolar. Con los desconocidos, adoptaba el gesto servil del recepcionista que da la bienvenida al hotel a los clientes adinerados: entusiasmo salival nacido de un mórbido e indiscriminado deseo de afecto. No se me ocurría poner en duda públicamente ideas que gozasen de común aceptación. Perseguía la aprobación de figuras de autoridad y, tras mis encuentros con ellas, me preocupaba mucho saber si les habría causado una impresión satisfactoria. Al cruzar aduanas o pasar junto a coches de policía albergaba un confuso deseo de que los oficiales uniformados pensasen bien de mí.

Pero el filósofo no se había doblegado ante la impopularidad y la condena del Estado. No se había retractado de sus ideas porque otros se hubiesen quejado. Además, su confianza brotaba de un manantial más profundo que la bravura o la exaltación impetuosa. Se cimentaba en la filosofía. La filosofía había provisto a Sócrates de las convicciones en virtud de las cuales fue capaz de tener confianza racional, opuesta a la histérica, a la hora de afrontar la desaprobación.

Aquella noche, sobre las tierras heladas, semejante independencia de espíritu supuso para mí una revelación y un estímulo. Prometía contrapesar una tendencia supina a seguir las prácticas e ideas socialmente sancionadas. En la vida y la muerte de Sócrates descubrimos una invitación al escepticismo inteligente.

En términos más generales, el tema cuyo símbolo supremo era el filósofo griego parecía exhortarnos a asumir una tarea a la par profunda e irrisoria: hacernos sabios por medio de la filosofía. A pesar de las enormes diferencias entre los numerosos pensadores calificados de filósofos a lo largo del tiempo (personas tan distintas en realidad que, de haber sido congregadas en una gigantesca fiesta, no sólo no tendrían nada de que hablar, sino que con toda probabilidad habrían

llegado a las manos después de unas copas), parecía viable identificar a un grupito de individuos, separados por siglos, que profesaran una vaga lealtad común hacia una visión de la filosofía sugerida por la etimología griega de la palabra (*philo*, amor; *sophia*, sabiduría), un grupo que compartiese el interés en decir unas cuantas cosas prácticas y consoladoras acerca de las causas de nuestros mayores pesares. A tales hombres habría yo de dedicarme.

---

## 2

En toda sociedad se manejan nociones referentes a qué creer y cómo comportarnos con el fin de evitar la desconfianza y la impopularidad. Algunas de estas convenciones sociales se formulan de modo explícito en un código legal, otras se mantienen de manera más intuitiva en un vasto acervo de juicios éticos y prácticos descrito como “sentido común”, que dicta la forma de vestir, los valores económicos que deberíamos adoptar, las personas a las que deberíamos apreciar, las normas de etiqueta y el modelo de vida doméstica. Empezar a cuestionar estas convenciones se antojaría extraño, incluso violento. Si el sentido común está blindado frente a las preguntas es porque sus juicios se estiman demasiado sensatos como para convertirse en objetos de escrutinio.

Apenas resultaría aceptable, por ejemplo, preguntar en el curso de una conversación ordinaria cuál es, para nuestra sociedad, el propósito del trabajo.



The *Telegraph* Colour Library

O pedir a unos recién casados que expliquen todas las razones que subyacen a su decisión.

O interrogar con detalle a quien se va de vacaciones sobre las motivaciones ocultas de su viaje.



The *Telegraph* Colour Library



The Image Bank/David W. Hamilton

Los antiguos griegos disponían de otras tantas convenciones de sentido común y las sustentaban con análoga tenacidad. Un fin de semana, físgando en una librería de viejo de Bloomsbury, me topé con una colección de libros de historia originalmente dirigidos a los niños, con un montón de fotografías y bellas ilustraciones. Formaban parte de la colección *See Inside an Egyptian Town* [Visita a una ciudad egipcia], *See Inside a Castle* [Visita a un castillo] y un volumen que adquirí junto con una enciclopedia de plantas venenosas, *See Inside an Ancient Greek Town* [Visita a una antigua ciudad griega].

Se incluía en él información sobre el modo habitual de vestir en las ciudades-Estado de Grecia en el siglo V a.C.

